

2.4

San Juan, evangelista del «costado abierto»

VÍCTOR JAVIER CASTAÑO MORAGA
Getafe

1. **Introducción**

Es muy conocida la predilección de una buena parte de los autores espirituales de la tradición por el evangelio de san Juan. Parece que uno de los primeros testimonios se lo debemos a Orígenes, que ha pasado a la historia como el primer místico y, junto con san Hipólito, iniciador del comentario de libros completos de la Sagrada Escritura:

Es necesario atreverse a decir que, de todas las Escrituras, los evangelios son las primicias y que, entre los evangelios, las primicias son el de Juan, para que nadie pueda recoger el sentido si no se ha recostado sobre el pecho de Jesús y no ha recibido de Jesús a María por madre. Y, por ser otro Juan, debe convertirse en un tal que, exactamente igual que Juan, se escucha designar por Jesús como siendo el mismo Jesús¹.

Es un tema que aparece, al menos, otra vez más en sus obras:

En este pasaje se dice evidentemente que Juan reposó sobre la parte principal del corazón de Jesús y sobre los sentidos profundos de su doctrina, y que allí indagaba y escudriñaba a fondo los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que se esconden en Cristo Jesús. Y en cuanto a que por seno de Cristo se entiendan las doctrinas sagradas, no creo que parezca indecoroso. Por eso, como íbamos diciendo, en las divinas Escrituras se designa de varias formas la parte principal del corazón... interpretamos los pechos como la parte principal del corazón, de modo que lo dicho parece significar: Tu corazón y tu mente, esposo mío, es decir, los pensamientos que hay dentro de ti y la gracia

¹ ORÍGENES, *Commentaire sur Saint Jean* (Éd. du Cerf, París 1966) 70-71: PG 14, 32.

de la doctrina, son mejores que todo el vino que suele alegrar el corazón del hombre².

Podríamos seguir citando otros textos de la tradición, pero nos basta como pista inicial. A partir de ella vamos a tratar de recorrer el evangelio de san Juan para poder reconocer en él los elementos estructurales y literarios que nos ayuden, desde la forma en la que hoy nos acercamos a la Sagrada Escritura, a reconocer esta centralidad del *costado abierto* de la que nos habla, desde el principio, de la exégesis cristiana. Incluso en textos tan antiguos como el precedente se identifica con la expresión *Corazón de Jesús*.

No pretendemos presentar esta visión del evangelio como una novedad. Este tema fue ya presentado por Domingo Muñoz León y tratado en aquellos simposios de principios de los años ochenta organizados por el Instituto Internacional del Corazón de Cristo³ Por eso, solamente pretendemos aportar una sinopsis de la cuestión atendiendo a los rasgos generales de la estructura del evangelio. Si nos detenemos en algunos textos, es por considerarlos importantes desde este punto de vista. Y eso sí, desarrollaremos un poco más, puesto que creemos que la estructura así lo exige, la aparición del resucitado en el cenáculo.

Tengamos en cuenta que las estructuras literarias de la mentalidad semita no son esquemas rígidos, sino temas que se introducen, se abren a otros relacionados, se retoman profundizando en ellos...

Es comúnmente admitida en la mayoría de las ediciones de la Biblia la división del evangelio de san Juan en dos grandes partes. Descontado el prólogo (1,1–1,18) y el epílogo (21), encontraríamos el *libro de los signos* (1,19–12,50) y *libro de la gloria* (13,1–20,31). Esta estructura la presentó Raymond E. Brown en su obra clásica en dos volúmenes, trabajando sobre la base de otra estructura muy parecida de Charles Harold Dodd⁴. Asumiendo esta estructura, vamos a contemplarla desde el *costado abierto*.

² ORÍGENES, *Comentario al Cantar de los Cantares* (Ciudad Nueva, Madrid 1986) 77-80; ÍD., *Commentaire sur le Cantique des Cantiques* (Éd. du Cerf, París 1991) 190-195.

³ D. MUÑOZ LEÓN, «Al instante salió sangre y agua» (Jn 19,34). El costado traspasado y su dimensión cristológica y soteriológica», en R. VEKEMANS, *Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús* (Delegación Lationamericana del Instituto Internacional del Corazón de Jesús, Bogotá 1982) 307-352; más accesible en D. MUÑOZ LEÓN, «Al instante salió sangre y agua» (Jn 19,34). El costado traspasado y su dimensión cristológica y soteriológica», en ETCC 325-373. La primera parte del artículo, nos muestra numerosos argumentos internos del evangelio y sitúa la cuestión dentro de la discusión exegética acerca del evangelio de san Juan.

⁴ J. BEUTLER, *Comentario al evangelio de Juan* (Verbo Divino, Estella 2016) 16; R. E. BROWN, *El Evangelio según Juan* (Cristiandad, Madrid 1979) 160-161.

2. El libro de los signos

Esta primera parte del cuarto evangelio es la narración joánica de la vida pública de Cristo. Recibe este nombre porque el evangelista la estructura en torno a siete milagros a los que denomina *signos*.

El primero de ellos, la conversión del agua en vino en Caná de Galilea (2,1-11), nos ofrece algunas claves para comprender por qué los realiza y cómo situarlos en el esquema general de la obra:

- estos signos deben ser reconocidos como la forma en la que Cristo manifiesta su *gloria* propia de *Hijo de Dios* (cf. 2,11);
- se ofrecen para suscitar la fe en Jesucristo como *Hijo de Dios* (cf. 2,11 y 20,30-31);
- y finalmente, lo más interesante para nosotros, son un anticipo de su *hora* (cf. 2,4), expresión equivalente a la *pascua* (cf. 13,1).

Todos estos signos van acompañados de palabras y otros gestos que no son milagros —a los que también san Juan denomina signos—. Están profundamente interrelacionados. Esta combinación de gestos y palabras nos va preparando para comprender con toda profundidad la manifestación final de su gloria en la *pascua*. Este último será el tema de la segunda parte, el llamado *libro de la gloria*. Esta segunda parte desarrolla extensamente el último de los signos, la pascua, el paso de Cristo de la muerte a la vida eterna que nos muestra en la resurrección.

En atención a lo expuesto en la llamada *primera conclusión del evangelio* (20,30-31) su *hora* o *pascua* es el último y definitivo de estos signos que buscan suscitar la respuesta de fe en el creyente. Esto ya queda incoado en la palabra que dirige Cristo a su madre antes de realizar el primer *signo*: «Todavía no ha llegado mi hora» (2,4).

Esta manifestación de su *gloria*, tal y como la comprende san Juan, es inseparable de la revelación perfecta y definitiva del *ἀγάπη* divino. Así, el momento de la transfixión, como veremos, tiene función de resumen visual de todo el recorrido del evangelio. Por ello, existe una clara relación entre cada uno de los signos y el costado abierto de Cristo. Todo el recorrido del evangelio parece desembocar en el costado abierto, que es también la escena final. Para evitar una extensión excesiva presentamos en forma de cuadro los signos, los temas bíblicos a los que alude —no son exclusivos de san Juan— y su clara relación.

SIGNOS-MILAGRO	TEMAS BÍBLICOS	RELACIÓN con el COSTADO ABIERTO
	Presentación de Jesucristo como Cordero de Dios (Jn 1,29).	Cumplimiento del «no le quebrarán hueso alguno» (cf. 19,36).
1. Conversión del agua en vino en Caná de Galilea (2,1-12).	La manifestación de la gloria o el «cielo abierto» (cf. 1,51) e introduce el tema de la Sangre de la Nueva Alianza.	Fuente de su sangre, y manifestación definitiva de la gloria, del Padre (cf. 19,34).
2. Curación de la hija de un funcionario real en Caná (4,46-54)	Las acciones o signos menores (cf. 2,23) en Jerusalén (cf. 4,45): Cristo como nuevo Templo (cf. 2,21) y dador del agua viva (cf. 4,10).	Nuevo Templo abierto de cuyo costado derecho brota el agua viva (cf. 19,34).
3. Curación del paralítico en la piscina de Bethesda (5,1-15).	Manifestación como el redentor que obra una nueva creación (5,16-47).	El agua brotando simboliza una nueva creación (cf. 19,34). También los gestos del resucitado que muestra el costado abierto (cf. 20,22).
4. Multiplicación de los panes (6,1-15) y Jesús camina sobre el mar (6,16-21) ⁵ .	Discurso equiparando su cuerpo —fruto de la encarnación— y sacrificado como fuente de vida eterna (cf. 6,52-58). Manifiesta su divinidad al anunciar que estamos llamados a participar de ella.	Fuente de la vida eterna que el hombre desea (cf. 7,37-38). Somos invitados a gustarla palpando las llagas de su cuerpo glorioso (cf. 20,27 y cf. 1 Jn 1,1).
5. Curación del ciego (9,1-38).	Discursos sobre la luz del mundo (8,12) y juicio sobre la ceguera de los fariseos (9,39-41).	El costado abierto nos permite ver a Dios (cf. 19, 35), ser iluminados por la Verdad y contemplar su gloria, pues es el verdadero velo rasgado que manifiesta su gloria.

⁵ Parece obvio considerar el cuarto de los signos como uno doble. Puesto que, aunque existen dos fenómenos sobrenaturales distintos, sin embargo, se retoma rápidamente el tema del pan de vida en largo discurso que se extiende hasta el final del capítulo. El escenario es también el mismo, mientras que Juan siempre prepara uno distinto para cada signo.

6. Resurrección de Lázaro en Betania (11,1-44)	Cristo es la resurrección y la vida (11,25). En Él pasamos de la muerte a la vida. Esto es la pascua.	De Cristo que pende muerto en la cruz brota el don del Espíritu, dador de la Vida Eterna (cf. 19,30). Su amor redentor manifestado, que nos transforma por el poder del Espíritu, obra la pascua.
--	---	---

3. El libro de la gloria

En esta segunda parte el evangelio de san Juan abarca el largo relato de la última cena, de seis capítulos (13–17), el relato de la pasión (18 y 19), y el de la resurrección (20). La obra se completa con el epílogo final (21).

a) *El relato de la pasión (Jn 13,1–19,37)*

De nuevo la estructura nos remite a la centralidad del episodio del costado abierto. Esta parte comienza con una apertura muy solemne (13,1-3) en la que encontramos algunos elementos que reaparecen al final (19,28-31). Así se logra también un cierre solemne que da unidad al relato formando una inclusión o un gran paréntesis. Veámoslo en la tabla:

Jn 13,1-3	Jn 19,28-30
^{1a} Antes de la fiesta de la pascua, <i>sabiendo</i> (εἰδὼς) que había de pasar de este mundo al Padre... ³ <i>Sabiendo</i> (εἰδὼς) que el Padre había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía	^{28a} <i>sabiendo</i> (εἰδὼς) Jesús que...
^{1b} Los amó hasta el <i>final</i> (τέλος)	^{28b} ...todo había llegado a su <i>final</i> (πάντα τετέλεσται), para llevar a pleno cumplimiento lo que estaba escrito (ἵνα τελειωθῇ ἡ γραφή) ... ³⁰ ...dijo: “está cumplido” (τετέλεσται). E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu.

Salta a la vista la repetición de εἰδῶς y del lexema τελ-. Literariamente abre una inclusión. En este caso, para abrir una sección (13,1): la pasión. La idea resaltada, el amor hasta el extremo, continúa desarrollándose a lo largo de toda ella como clave que permite comprender y unificar todo su sentido. Se menciona explícitamente en el transcurso (cf. 18,4). Al final, reaparece en forma de cierre y conclusión, para no perder la perspectiva (cf. 19,28).

Esta interpretación queda ratificada por el empleo del verbo τελειῶ en Jn 19,30. Tiene el sentido de «llevar algo a su plenitud natural, a su madurez propia». Siguiendo a Banpfylde, la expresión «para llevar a pleno cumplimiento lo que estaba escrito» (28b) no hay que tomarla en el sentido de una citación literal de los salmos. Las palabras de Jesús no coinciden con la letra de ninguno. Sí con un hecho descrito en ellos (cf. Sal 22,16; 69,22). El sentido de este gesto profetizado en los salmos va más allá del mero cumplimiento de una profecía concreta. Desde él, apunta a la consumación de la obra de la redención en el don del Espíritu Santo⁶. Este verbo aparece siempre en san Juan con relación a completar el trabajo que le dio el Padre (cf. 4,34; 5,36; 17,4.23). Interesante es también su uso en 1 Jn 4,18, donde se usa para hablar de la perfección del amor.

Las dos únicas veces que se usa en todo el corpus joánico otro verbo parecido (τελέω) son las dos citadas ya en el cuadro (28b y 30). El resto de las veces en que se hace referencia al cumplimiento de textos de la Escritura, normalmente con citas literales de textos, se usa πληρωθῆ⁷.

En esta perspectiva podemos entender cómo el episodio acaecido junto al pozo de Jacob, en el que habla con la samaritana estaba ya preparando este momento de la efusión del Espíritu Santo. El «agua viva que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14) es el don del Espíritu Santo. En ambos casos se habla de un viaje: el que hace cansado y sediento de vuelta a Caná, y el que hace exhausto y también sediento caminando hacia el Padre en la pascua. En ambos casos, la referencia cronológica coincide (4,7 y 19,14), con la hora sexta.

Esto confirma el doble sentido cristológico y pneumatológico⁸ de las palabras de Cristo al decir: *entregó el espíritu*. El verbo *entregar* está referido al paso de Cristo al Padre en su glorificación —se entrega a sí

⁶ G. BAMPFYLDE, «John 19,28. A Case for a Different Translation»: *Novum Testamentum* 11 (1969) 247-260.

⁷ Jn 12,38; 13,18; 15,25; 17,12; 18,9; 18,32; 19,24; 19,36.

⁸ Esta es la postura de Ignacio de la Potterie, no solo para este momento sino para Jn 19,28-37. I. DE LA POTTERIE, *El misterio del Corazón traspasado. Fundamentos bíblicos de la espiritualidad del Corazón de Jesús* (BAC, Madrid 2015) 103-115.

mismo dando la vida hasta el final—, y al tiempo, al don que hace del Espíritu Santo. Ambos aspectos van unidos.

Hooke ha hecho notar el paralelismo que existe entre este relato joánico y el momento en el que Elías fue arrebatado al cielo⁹. El relato de 2 Re 2 habla de la precariedad de la efusión del espíritu. El espíritu que había hecho grande a Elías era incomunicable. Con el fin de sus días se acaba el don que la humanidad había recibido en su persona. Eliseo solo recibirá una parte, pero con la condición de que pueda ver su ascensión que será rápida. Comprobará que ha recibido algo de ese espíritu al golpear el agua con su manto. Los efectos de la recepción del Espíritu tardan en notarse, surge la duda... Podríamos seguir poniendo ejemplos de la limitación del don del Espíritu Santo en el AT. Pero la plenitud con la que se da ahora el Espíritu pone fin a esa precariedad. Las promesas de Cristo en el evangelio de Juan se hacen desde la certeza y la abundancia. Termina su libro dando testimonio solemnemente que las ha visto cumplidas (19,35).

Las palabras quedan enriquecidas en su significado. *Ver* significa no solo la penetración en la realidad misteriosa contemplada, sino la posesión. Y posesión abundante. Se trata de una nueva economía. El paralelismo con el relato de Eliseo queda remarcado por la alusión al agua nueva de la que no vuelve a salir muerte o esterilidad (cf. 2 Re 2,21).

Ha sido ya puesto de relieve el sentido simbólico de la narración sobre el cuerpo de Cristo todavía pendiente de la cruz. No tendría sentido continuar hablando de la historia de un cadáver si no se contemplara en él la fuente de la vida nueva. «El costado traspasado revela el interior del Señor, propiamente su corazón en sentido tanto fisiológico como figurado. Realmente lo que nos interesa es el sentido figurado, donde se da la mayor carga teológica... Con la mirada del discípulo comprendemos que se nos proporciona una apertura a su consistencia interna más cualificada: vida derramada para la salvación del mundo —sangre— y Espíritu donado para la vida del mundo —agua—»¹⁰.

La mirada al costado abierto es una síntesis, en una sola imagen, de la obra de la redención. Es también una forma de indicar el camino para recibirla. Se hace propia por la contemplación que nace de la fe. Esa mirada de fe transforma. Sus efectos perduran en el que vio. En efecto, «tanto *el que lo vio*, como *continúa testificando*, son en el

⁹ S. H. HOOKE, «The Spirit was not yet»: *New Testament Studies* 9/2 (1963) 372-380.

¹⁰ G. URIBARRI BILBAO, «El Corazón de Jesús, manantial que sacia la sed: apuntes para una renovación de la teología del Sagrado Corazón»: *Estudios Eclesiásticos* 84/329 (2009) 405.

texto griego verbos en tiempo de perfecto: el matiz de la acción (acción pasada cuyos efectos perduran) es casi imposible expresarlo en la traducción: “el que lo vio y sigue fascinado por aquella mirada, dio un testimonio que ahora sigue siendo válido”¹¹.

De una forma muy solemne el evangelista se presenta como testigo de un hecho histórico. En el gesto divino y humano de dejarse abrir el costado, reconoce la salvación de Dios ofrecida al hombre. Y ofrecida de tal manera que suscita una mirada contemplativa de fe.

La solemnidad, a la hora de presentar el hecho histórico, parece ratificarse por el uso del pronombre *καὶ ἐκεῖνος* o su versión contracta *καὶκεῖνος*. «Es característico de 1 Jn para referirse a Jesús; si eso puede aplicarse al pasaje del evangelio, se tratará de *dos testigos* —el evangelista y Jesús resucitado que lo avala—, los necesarios en un juicio»¹². Siendo así, estas palabras servirían al mismo tiempo de conclusión solemne y de transición hacia la parte final del *libro de la gloria* donde sin duda se presenta al resucitado como aquel que da testimonio de su amor eterno mostrando personalmente su costado abierto a cada uno de los que, como Tomás, tienen dificultades para creer.

b) *La resurrección (Jn 20,1-30)*

El final del evangelio de Juan, en torno al resucitado, sigue teniendo como centro el costado de Cristo, mucho más de lo que parece a primera vista. El objetivo de estos relatos no parece ser la mera fe en el hecho de la resurrección, sino la fe en el resucitado que nos ama personalmente. En el contacto personal con él, dándose a conocer a través de los signos y palabras, podemos conocer y reconocerlo como aquel que ofrece a cada ser humano su amor redentor. La doble dimensión —cristológica y soteriológica— de la que venimos hablando nos recuerda que esta experiencia del amor personal y redentor de Cristo es inseparable de la recepción del don del Espíritu que nos introduce en la vida eterna. El paralelismo entre lo cristológico y lo pneumatológico como dos aspectos inseparables de la obra redentora es también claro en esta parte final del evangelio.

Son cuatro los relatos de resurrección en el evangelio de san Juan. Los dos primeros parecen tener un claro carácter introductorio. La visita al sepulcro vacío nos deja en la puerta del encuentro con el resuci-

¹¹ M. IGLESIAS GONZÁLEZ, *Nuevo Testamento*. Edición crítica sobre el texto original griego (BAC, Madrid 2017) 481, nota 35.

¹² *Ibíd.*, 482, nota 35v.

tado, pues suscita una fe inicial y el deseo del verlo (cf. Jn 20,1-10; especialmente 8-9). Los primeros encuentros personales con el resucitado, como el de María Magdalena (Jn 20,11-18), remiten al cenáculo: «Vete donde mis hermanos» (v.17).

Así llegamos a las dos apariciones principales del resucitado. En ambas (20,19-23 y 20,26-29), incluyendo la transición (20,24-25), el costado aparece explícitamente con un papel central. «Jesús se quiere presentar como el crucificado de cuyo costado brotó sangre y agua (19,34). Por razón de lo que sigue se puede interpretar que Jesús es aquel de cuyo costado brotó el Espíritu, río de agua viva destinado a regar la tierra»¹³.

Una vez descritos los detalles geo-temporales se afirma que Jesús *vino*. Es el mismo verbo que utiliza para decir que viene del Padre (por ejemplo: Jn 14,6). Anunció su marcha para volver con nosotros dejando su paz (cf. Jn 14,27). Como ya hemos explicado, la pascua es un ir al Padre, para volver y bendecirlos con dos regalos también anunciados: el don del Espíritu Santo y la paz. Por ello, no podemos ver la sucesión de palabras y gestos como algo inconexo, sino intrínsecamente relacionado, donde vamos a ver de nuevo la estrecha relación entre lo cristológico y lo pneumatológico. Cristo mismo nos comunica *su* Espíritu Santo, nos lo otorga como fruto de su acción redentora.

Este esquema inspirado en José Caba y Xavier Léon-Dufour¹⁴ puede ayudarnos a entender el paralelismo que expone san Juan en la escena:

	vv. 19-20	vv. 21-23
	Y les dice:	Dijo de nuevo:
	Paz a vosotros	Paz a vosotros, como el Padre me ha enviado...
	esto diciendo	esto diciendo
Gesto salvífico	Les mostró las manos y el costado	sopló
Efecto en los discípulos	Los discípulos se alegraron al ver al Señor	Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis...
	<i>Cristología</i>	<i>Pneumatología</i>

¹³ X. LEÓN-DUFOUR, *Resurrección de Jesús y Mensaje Pascual* (Sígueme, Salamanca 1978) 254.

¹⁴ J. CABA, *Resucitó Cristo, mi esperanza. Estudio exegético* (BAC, Madrid 1986) 245; X. LEÓN-DUFOUR, *Resurrección de Jesús y Mensaje Pascual*, 252.

San Juan muestra la resurrección en continuidad con la pasión. La resurrección es la que perpetúa el don del Espíritu Santo que se otorga sin medida saliendo del costado abierto de Cristo. Viene del Padre, pero a través de la humanidad de Cristo. «El amor de Dios, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (Rom 5,5) se derrama en nosotros al acercarnos al costado abierto. Esta acción se repite eternamente, pues el resucitado ha salido del tiempo y del espacio.

Por otro lado, el costado abierto es el que posibilita *ver* al Padre, el «cielo abierto» (1,51). En el costado abierto —el amor de la humanidad de Cristo— conocemos el amor infinito del Padre que «tanto amó al mundo que entregó a su Hijo» (3,15) y ese mismo amor entre el Padre y el Hijo que llevó a Cristo a la entrega total. A través del costado —del que brotó el agua—, sigue haciendo nueva a la humanidad, como en el día en el que Dios sopló sobre el barro para crear al hombre (Gén 2,7). La pascua es así una nueva creación que brota del costado permanentemente abierto en su cuerpo glorioso. Esto se obra en nosotros cuando acogemos este don por la fe (cf. Jn 20,31).

4. Conclusión

No podemos olvidar que san Juan fue el apóstol y evangelista con la misión de completar el ciclo de la revelación divina. Cerrar implica completar, dar madurez y claves para su comprensión. Cuando se resuelve la trama de una historia, el espectador es capaz de percibir en mirada retrospectiva cómo todos y cada uno de los pasos apuntaban en la misma dirección, en este caso a Cristo de *costado abierto*. San Juan no solo escribe un evangelio, sino que nos ofrece, en perspectiva, una lectura de toda la Escritura.

El estudio de la estructura del evangelio nos remite no solo a la comprensión de cómo se articulan los contenidos, sino que, de forma inseparable, nos aporta una clave que nos abre al significado profundo de la Sagrada Escritura y de la revelación divina en general. Así volvemos al planteamiento que hacíamos en la introducción: la insistencia de Orígenes en el término *sentido* de las Escrituras asociándolo al pecho, costado o corazón de Cristo.

No olvidemos que la teología tiene un objeto sobrenatural, por lo que el uso de la razón es siempre un uso enriquecido por la fe. Así, la fe debe —primero—, reconocer la existencia del misterio, y —segundo—, abrirse a la iluminación que puede recibir del misterio. La razón debe aceptar esta riqueza de conocimiento que no la anula, sino que

dirige su trabajo y proceder en la humildad de que el misterio es en parte desconocido y en parte desconocido.

Cuando decimos *costado abierto* apelamos a una experiencia de fe —«...porque me has visto has creído»—, al contacto con un misterio que es un Dios personal. San Juan, en la clave de esa relación personal, nos invita a identificarnos con él mismo y esta experiencia le marca hasta el punto de definirse a sí mismo como el *discípulo amado*. Discípulo que ha descansado sobre el costado que quedará abierto y, por eso, se le ha concedido como a ningún otro de los autores sagrados el sentido de la historia de la salvación. De esta manera, debemos proceder al acercarnos a la Sagrada Escritura, sea cual sea el motivo por el que nos acercamos. Nuestra comprensión será más auténtica, en la medida en la que podamos sintonizar con el amor redentor del Corazón de Cristo abierto en su costado.

Parece casi preceptivo asumir en este momento las palabras conclusivas del mismo san Juan, eso sí cargadas, espero, de una nueva significación después de este recorrido.

Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente. [...] Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre (Jn 20,19.30-31)

Comprender estas palabras implica la experiencia personal de palpar el amor redentor de Cristo que nos hace criaturas nuevas, haciéndonos participar del don de su Espíritu Santo, dador de vida eterna, el mismo que nos regala la comprensión completa de la Escritura.